

parte.—Y añadió para sí dando un suspiro:—  
¡Y entretanto se pasa el tiempo! ¡Aurora, Aurora!  
¿Qué pensarás de mí?

Bajó la cabeza, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Pero no tuvo lugar de caer al suelo, porque un pañuelo perfumado, guiado por mano femenil, la enjugó dulcemente, y Ambrosio Liebault, estupefacto, lanzó un grito al reconocer á sumujer.

—¡Calle!—dijo sonriendo el Gobernador al preboste.—No me extraña ya que no hayáis podido arrestar al caballero de Lagardère, puesto que tenía auxiliares hasta en vuestra misma casa. Mad. Liebault conspiraba con él contra nosotros.

La dama irguió la cabeza con altivez.

—No le conocía—dijo;—pero estaba segura de que era Lagardère. Si sólo de mí hubiese dependido, señor Gobernador, no sería ahora vuestro huésped.

—Para castigaros, señora, os intimo que os cojáis de su brazo y vayamos á almorzar. Le confío á vuestra custodia hasta las dos. ¡No le deis medios de evadirse!

Á pesar de su tristeza, Lagardère no pudo menos de sonreír.

—Tranquilizaos, caballero: os doy mi palabra de no tratar de separarme de mi encantadora carcelera antes de la hora estipulada.



## IV

## La hostería de «la bella hostelera.»

Iban á dar las dos, y Lagardère, vestido ya convenientemente con finos calzones y una ropilla nueva, se preparaba á marchar.

Cocardasse había saciado cumplidamente su sed atrasada, y hasta hecho una reserva á cuenta de la venidera: su nariz tenía, en la punta sobre todo, un hermoso color rojo, como en los días de agape extraordinario, y tenía mucha menos prisa que su señor. En cuanto á Parsepoil, le pasaba lo mismo por distinta causa: se había hecho asiduo concurrente de la cocina, aunque nada tenía de glotón ni de bebedor, y sentía dejarla... por la cocinera, que no le parecía costal de paja, ni mucho menos.

Sin sus graves preocupaciones, también el caballero se hubiera tenido por dichoso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mr. de Floville, atenuando la rudeza que manifestara al principio, se había portado como amigo verdadero. Le había elegido tres soberbios corceles entre los mejores que tenía, y le rogó con insistencia que aceptara una bolsa bien repleta; oferta que Lagardère agradeció mucho, como es de suponer, pero que rehusó terminantemente. Al otro día tuvo la agradable sorpresa de hallar aquella bolsa en sus pistoleras.

Varios otros ofrecimientos de dinero tuvo, hasta de la esposa del preboste, y éste no se admiró poco de que su Melania poseyera tales economías. Al pobre hombre no le agradaban mucho las corteses asiduidades de su mujer para con Lagardère; pero, sensato y reflexivo cuando no amenazaba su existencia algún riesgo inmediato, hizo la vista gorda. Comprendió con sano juicio que provocar un escándalo le perjudicaría mucho, porque quedaría en ridículo, y además excitaría contra él la cólera del caballero y la cólera de su cónyuge, que sabemos era el amo de la casa.

Y procedió con cordura. Si es verdad que Melania se había apasionado por Enrique, era fundamentalmente honrada, y romántica y sentimental en grado sumo. Así, halló dulce placer en inmolarse voluntariamente, y no cesó de hablar al caballero de su adorada Aurora, animán-

dole, fomentando sus esperanzas, y tratando á Lagardère como á un hermano querido.

El cinturón le ajustaba bien, pues aunque había conservado la espada del Regente, estaba ya acompañada de los accesorios indispensables, y comenzó á manifestar de nuevo su agradecimiento al Gobernador al despedirse.

—¡Chitón!—le interrumpió éste.—¡Ojalá mientras ejerza el cargo pueda arrestar á muchos malhechores de vuestra especie, para morir rodeado de verdaderos amigos!

—En cuanto á vos, señora, vuestro recuerdo permanecerá indeleble en mi corazón. Si vivo, volveré muy pronto con mi prometida, y seremos dos para manifestaros nuestro agradecimiento: si muero...

Madame Liebault palideció intensamente y vaciló. Perdió por entero la noción de las cosas y de las personas que la rodeaban, preocupada por un doloroso pensamiento: *Lagardère podía morir*. Su cabeza rubia se apoyó lánguidamente en el pecho del caballero, y murmuró:

—¡No; no moriréis! ¡Imposible! ¡No quiero! ¡No! ¡Rogaré á Dios diariamente por vos, y me oirá! ¡Encontraréis de nuevo á vuestra prometida, y seréis feliz! ¡Marchad!

Comprendió Lagardère su angustia, y la besó en la frente. La dama se sintió dichosa; la amaba,

Enrique también se había olvidado de que no estaban solos, y murmuró dulcemente:

—Mi amor por Aurora de Navers y mi cariño por vos constituirán mi fuerza. Pensaré con frecuencia en vos, y volveremos á vernos.

—¡Basta ya, señora!—gritó una voz detrás de ellos.—¡Esto es intolerable! ¡Olvidáis la presencia del señor Gobernador y la mía. ¡Y yo, como marido vuestro, os ordeno que os retiréis inmediatamente!

Ella le miró de alto á bajo; pero el hombrecillo estaba sobrado furioso para intimidarse por la actitud de su esposa, y gesticulaba y golpeaba el suelo con el pie como un loco.

—¿Con qué derecho os mezcláis en esta cuestión, señora? ¡Responded, responded; lo mando! ¿Con qué derecho?...

Con frialdad glacial y mucha firmeza repuso Melania:

—¡Con el derecho que tiene toda mujer para distinguir los discretos y animosos de los necios y cobardes!

Ambrosio Liebault enrojació de cólera.

Lagardère no tenía muchas ganas de broma en aquellos momentos; pero quiso echar un jarro de agua fría sobre la efervescencia del pobre diablo que tan tímido se le había mostrado rodeado de todos sus guardias pocas horas antes, y guiñando el ojo al señor de Floville, que son-

reía complacido en un rincón, dijo al preboste de policía:

—Quizás haríais bien en enfadaros tanto y temer por vuestra honra si el beso que acaba de recibir vuestra esposa no fuera el de un condenado á muerte.

Liebault retrocedió un paso.

—Sí, sí—prosiguió Enrique, tomando sin darse cuenta el tonillo gango: o que caracterizaba á su tocayo el último de los Valois.—¿Quién os prueba que sea yo efectivamente Legardère? ¿No es verosímil que os haya engañado y que, por añadidura, me proponga robar el corazón de vuestra mujer?

—¿Que no so-is La-gar-dè-re?—deletreó el desdichado, retrocediendo hasta que su espalda tropezó con la pared.

—Acaso sí, tal vez no—suspiró el caballero.—Á fuerza de repetírmelo todos tanto, y vos el primero esta mañana, comienzo á dudar, y pienso que no me sorprendería ser solamente un asesino vulgar.

Y dirigiéndose á la dama, añadió con seriedad cómica:

—Si consentís en ello, señora, os rauto.

—¡Melania, Melania!—clamó el buen hombre.

—¡No hagais caso; quédate conmigo; soy tu legítimo esposo! ¡Y vos, señor condenado, señor

caballero, quise decir, idos, idos lejos de aquí! ¡Por piedad, señor Gobernador! ¡Que le abran las puertas, que se vaya, y que no vuelva á aparecer por Chartres!

—Iré á hacerme ahorcar á otra parte, si quiero. Pero acordaos de que, como os dijo Gonzaga, tengo pacto con el Diablo, y que si alguna vez dirigís á vuestra esposa el menor reproche, yo lo sabré en seguida, y habrá llegado *incontinenti* la hora postrera de vuestra vida.

El preboste se dejó caer aniquilado en un sillón: sudaba copiosamente. Un ruido de caballos en el patio cortó la cómica escena.

—Correos—dijo el Gobernador después de mirar un instante por la ventana.—Caballero, vamos á lamentar mucho vuestra ausencia. Pero no os detenemos: cumplid vuestro deber, y acordaos cuando volváis por Chartres con vuestra novia ó con vuestra esposa de que las puertas de la ciudad, como las de esta casa, os serán siempre abiertas de par en par. ¡Que Dios os ayude!

Un ujier introdujo á dos hombres enteramente cubiertos de polvo.

—¿Quién os envía?—preguntó el caballero.

—Mi señor el Regente.

—Mi señora la duquesa de Nevers.

—Buscamos al caballero Enrique de Lagardère—dijeron ambos.

—Yo soy—contestó éste.

Entregáronle sendas misivas, y el segundo, además, una bolsa repleta de oro con las armas de la madre de Aurora.

Enrique leyó ambos pliegos, y se los pasó cortésmente al Gobernador.

—¡Y ahora adiós!—exclamó.—¡Ya tengo cuanto necesito para vencer!

Estrechó cordialmente la mano de Floville, y borró con un beso rápido una lágrima que brillaba como una perla en la mejilla de Melania. El preboste, hundido en su sillón, cubriase el rostro con las manos, y no le vió partir. Nadie le hacía caso.

Algunos minutos después Legardère, á caballo y seguido por sus guardias de corps, exclamaba:

—¡Adelante! ¡Por Aurora y contra Gonzaga!

Y los que los veían pasar por la carretera de Orleans como un torbellino pensaban que el viento tomaba formas humanas.

Considerando fríamente las cosas, el caballero no estaba enojado por lo que acababa de suceder en Chartres. Á despecho de su fe en sí mismo y de la confianza que tenía de triunfar de todas las dificultades por haber salido airoso de otras mayores, no podía menos de reconocer que, casi desnudo, sin pasaportes, sin dinero y

por consiguiente, sin medios para proporcionarse caballos de repuesto, hubiera sido imposible, para otro que no fuera él, lograr sus fines.

Pero aunque ya no temía incidentes parecidos al que le había hecho perder media jornada, al pensar en la ventaja que lograron sobre él los miserables á quienes perseguía, mostrábase muy contrariado.

Cuando por la noche llegó á Orleans á hora ya avanzadísima, la ciudad dormía: sin embargo, en las murallas velaban, y un piquete de soldados aguardaban en la puerta. Era una segunda edición de la aventura de Chartres, y el caballero rió burlonamente.

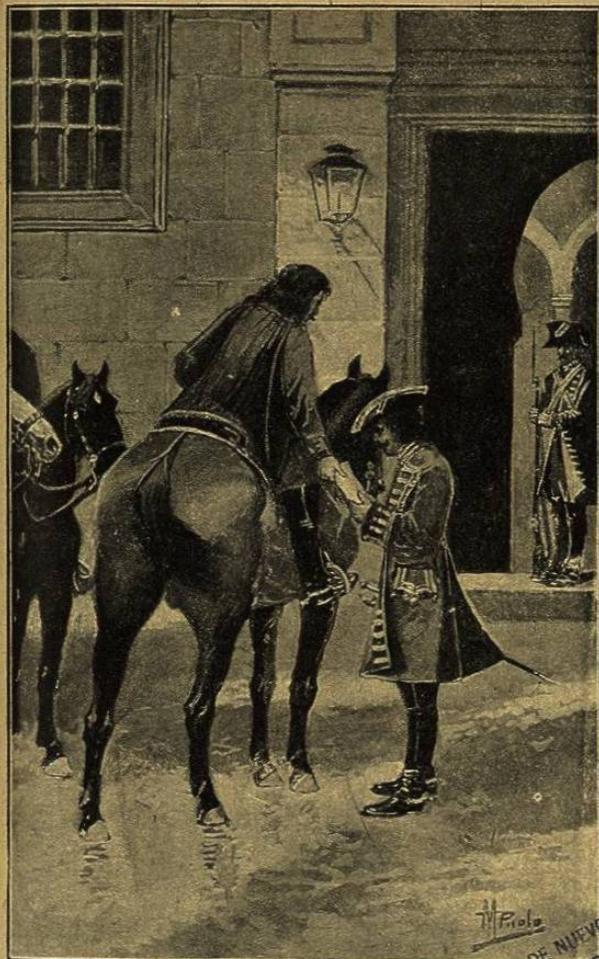
—¡No hace gran honor á tu ingenio, Gonzagal —pensó.—¡Debías saber que la zorra no cae dos veces en el mismo lazo!

No obstante, hallábase malhumorado y decidido á pasar, no sólo sobre cadáveres, sino sobre la muralla misma. Era un león colérico, y no parecía prudente arrostrar sus iras.

El primero que osó interrogarle sintió la zarpa de su enojo. En vez de dar su nombre, Enrique espoleó á su caballo y atropelló al importuno.

—¡Seguidme sin preocuparos de esta chusma! —dijo á sus acólitos.

El exento que le había interrogado se levantó furioso y agarró por la brida al animal; pero re-



oficial hizo una reverencia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tiró la mano lanzando agudo grito. El caballero le había dado un soberbio cintarazo. Un cerro de bayonetas surgió ante los tres hombres. Lagardère frunció el ceño.

—¡Atrás!—ordenó; y su voz era tan imperiosa, que la mayoría de los soldados retiró las armas sin darse cuenta, y los demás iban á imitar á sus compañeros, cuando apareció un oficial.—  
¿Sois el jefe de guardia?—interrogó Enrique.

—Yo soy—contestó el Capitán.

—¡Pues dejadme pasar, y pronto!. ¡Orden del Regente!

—¡Á otro perro con ese hueso! ¡Desmontad!

La escena pasaba en la portería. Un farol colgado del muro, del cual salía más humo que claridad, medio alumbraba el cuadro, y Lagardère, sacando de su justillo un pergamino, lo desdobló, acercóse á la luz, y sin soltarlo se lo mostró al Capitán, diciéndole:

—¡Leed!

El oficial leyó, hizo una reverencia, y comenzó á balbucear excusas: el pergamino era un pasaporte en regla, con una coletilla de puño y letra de un hombre ante quien todos tenían que inclinarse en Francia. Decía así:

«Se ordena al señor caballero de Lagardère que persiga por toda la extensión del Reino á Felipe Polixeno de Mantua, príncipe de Gon-

zaga, con licencia para matarle en combate leal dondequiera que le encuentre, sin que nadie en el Reino tenga el derecho de interponerse antes, durante ó después del duelo. Es justicia que manda hacer el Rey nuestro señor.

FELIPE DE ORLEANS.—REGENTE DE FRANCIA.

El poste-scriptum estaba autorizado con el sello Real y la firma del lugarteniente general de policía, Marcos Renato de Argensón.

¿A qué hora salió de la ciudad el príncipe de Gonzaga?

—Á las doce en punto, por el camino de Tours, señor caballero. No se detuvo sino lo estrictamente necesario para hacer una refacción ligera y cambiar de caballos.

—¿Dónde podré hacer yo otro tanto?

—Á esta hora es difícil. Pero seguidme. Con el talismán que lleváis en el bolsillo, nadie osará rehusaros nada.

La cosa hízose pronto. Merced á las gestiones amables del Capitán los tres hombres montaron en caballos briosos y descansados.

—¡Mal pecado, Amable!—dijo el gascón á su colega.—¡Creo que hicimos muy bien en lastrar-nos el estómago esta mañana, pues no llevamos trazas de detenernos á comer ni á dormir!

Passepoil meneó melancólicamente la cabeza: sentíase extenuado con aquellas interminables galopadas, y creía que, de seguir así, iba á perder las fuerzas que conservaba todavía para otras empresas más agradables.

Desde aquel instante las leguas sucedieron á las leguas, las jornadas á las jornadas. Pasaron por Blois, Tours y Châtellerault sin descansar; pero tuvieron que hacer noche en Poitiers, pues si Lagardère era de bronce, infatigable, no sucedía lo propio á sus compañeros. No perdía las huellas de los raptos; pero siempre comprobaba que su ventaja sobre él, lejos de disminuir, aumentaba. Había para desesperarse. ¡Cuánto hubiera dado, ya que no por tenerla desde luego en su poder, por ver á su amada de lejos, de muy lejos, como la vió junto á Chartres! Cierto que todavía estaban lejos de la frontera y que cualquier incidente fortuito acaecido á la cuadrilla, un eje de la carroza que se rompiera en el camino, podría poner á Gonzaga en sus manos; pero, con todo, Lagardère estaba muy triste, y sólo hablaba cuando lo exigían las circunstancias.

El mismo Cocardasse había perdido su facundia ordinaria. Y eso que para callarse él necesitaba leer gravísimas preocupaciones en la frente del *pichón*, del *parisiensito*. Había llegado hasta olvidar la sed. Maese Parsepoil respetaba el si-

lencio desusado de su noble amigo, y para distraerse aplicaba todas sus facultades á familiarizarse un poquito, muy poquito en verdad, con el arte de la equitación. Lo malo era que en cuanto comenzaba á marchar un tantico de acuerdo con su montura, veíase obligado á cambiar de animal, lo cual le desesperaba.

Lagardère creía encontrar á cada instante alguna emboscada; pero hasta Dax no les ocurrió nada. ¿No tuvo tiempo Gonzaga de prepararlas, ó no se preocupó de ello creyéndose ya á salvo de toda persecución? Ya sólo le faltaban dos días para llegar á España, donde, con la protección de Aiberoni, no tendría nada que temer, en tanto que su adversario, si penetraba al otro lado de los Pirineos, estaría casi á merced suya.

Ignoraba lo sucedido en Chartres, y si el caballero había sido preso como condenado á muerte y reexpedido á París. Era verosímil suponerlo, pues ya no volvió á verle. Sin embargo, no amenguó la rapidez de su fuga.

Si le daba lugar á ello, en caso de que el caballero se hubiera salvado de sus acechanzas, pensaba cerrarle el paso de los Pirineos. ¡Es tan fácil cerrar aquellos desfiladeros con carabinas y espadas!...

Aurora y Flor estaban más tristes cuanto más se alejaban de París. La fatiga no significaba

nada para ellas. No se siente el cansancio corporal cuando el corazón está herido de muerte. Á pesar de sus esfuerzos para conservar la esperanza é infundirla en su compañera, la gitanita perdía poco á poco la gran confianza que la animara. El Sol, en el cual creyó leer la muerte de Gonzaga, se ponía todas las tardes y salía todas las mañanas tan fúlgido y resplandeciente como siempre, alumbrando las risas y los sollozos, las virtudes y las iniquidades de los hombres, sin que se interpusiera sombra alguna entre su disco y la desesperación de ambas jóvenes.

La Duquesita no se quejaba. ¿Para qué? Había caído en una especie de postración de la cual no conseguía sacarla su amiga, y estaba decidida á cesar de vivir el día que llegase á España, si Lagardère no hubiera podido darle muestras de su presencia.

—Hermanita—le decía doña Cruz,—tu tristeza me abruma. Si te viera más animosa, recobraría mi valor. Quizás valdría mucho más para ambas unir nuestras voluntades, enteras, enérgicas, que aunar nuestra debilidad.

—¡No ha venido! —respondía melancólicamente Aurora.—¡No vendrá! Estaba demasiado cerca para no haber podido reunirnos; y si no ha venido, es porque ha muerto.

—¡No digas eso! Yo estoy convencida de lo

contrario. ¡Vive, vive! ¡Vendrá, vendrá, y no vendrá solo! ¿Acaso no aguardo yo también al que ha de salvarme?

—¿Chaverny?

—Sí; Chaverny, que fué herido en el cementerio de San Magloire. No había querido decirte nada hasta ahora; pero quizás esa herida sea la causa de su retraso. Algo me dice que antes de mucho hemos de verlos.

—¡Dios te oiga! ¡Yo ya no espero!

—¡Ten fe! Yo la tengo, á pesar de ocupar el segundo término, puesto que ante todo se trata de arrebatarle á ti de manos de tus raptos. Por eso, para conseguirlo, sería capaz tu Lagardère de transportar montañas. Mientras no estemos del lado de allá de los Pirineos, tengo esperanza de volver á París en breve. Y si entramos en España por fin, yo me las arreglaré ¡Ya verás! Á falta de Lagardère y Chaverny, nos salvaremos solas.

Este diálogo lo sostenían las jóvenes en la carroza, á pocos tiros de mosquete de Bayona, adonde las llevaban á todo escape, y adonde llegaron ya noche oscura. La posada adonde condujo Gonzaga era la última etapa en que tenía preparado relevo de caballos, y el viaje hasta allí habíase realizado sin estorbos.

Peyrolles había recobrado su buen humor, per-

dido un momento en el camino de París á Chartres, en previsión de un fracaso inminente. Á la sazón lo veía todo de color de rosa. Los demás de la cuadrilla tenían apenas vislumbres del plan de Gonzaga; pero él, lacayo adulator, conocía por completo sus propósitos, y le creía muy capaz de realizarse en España y alcanzar todavía más preeminente posición que en Francia. Felipe de Mantua podía romper con todo y deshacerse fácilmente de todos sus acólitos; pero para deshacerse de él, de Peyrolles, tendría que matarle. Eran seres inseparables en vida, por los vínculos criminales que los ligaban entre sí.

La posada de *La Bella Hostelera* era una de las mejores de Bayona, y el Príncipe y su mayordomo la conocían, aunque había cambiado de nombre. En ella se habían albergado á su regreso de España, y sin Aurora, de quien no pudieron apoderarse por entonces. Á la sazón la joven era su presa. Halaron allí franceses, vascos que bebían sidra, y españoles que trasegaban Jerez en grandes vasos en la sala común, reservada á los clientes ordinarios: ganapanes, contrabandistas, marineros, campesinos y soldados.

Pero había otra sala y habitaciones reservadas para los caballeros y nobles de calidad que pagaban caro, según tarifa que les aplicaba á voluntad la hermosa posadera que había dado

nombre á la hostería, y que, en efecto, era una real moza. Llamábanla Jacinta la Vasca; tenía apenas veintiocho años, y era una soberbia y gallarda muestra de esa raza viril y altiva que se preocupa tanto de ser española como de ser francesa, pues desea ser simplemente vascongada. Para verla y admirarla acudían gentes de Pau y de Hendaya, de Pamplona, y hasta de Burgos; los muleteros navarros repetían su nombre por las sierras, y más de un señor castellano había cabalgado para hacer ostentación ante su hostería de las espuelas de oro que calzaba.

Nadie, sin embargo, podía jactarse de haber obtenido sus favores. Decíase que era casada; pero nadie conocía á su marido. ¿Tenía novio? Se ignoraba. Todas las semanas, el mismo día, entregaba el manejo de su posada á un titulado hermano suyo, y se marchaba hacia los valles vascos con el puñal á la cintura. Varios intentaron seguirla, y amanecieron muertos en una calleja bayonesa con una tremenda puñalada entre los hombros. Al otro día la hostelera volvía á su puesto como si tal cosa.

En resumen, como había nacido y criádose puede decirse en Bayona, era hermosa, discreta, honesta al parecer, y no hacía mal á nadie, todos en la ciudad la querían y elogiaban su valor y su honradez.



## V

### Jacinta la Vasca.

Á casa de ésta fué adonde llevó Peyrolles á sus compañeros. Aurora y doña Cruz fueron conducidas á un cuarto muy limpio del primer piso, desde cuya ventana se divisaba el mar á la pálida claridad de la Luna. Ambas se asomaron á la ventana, y por un instante contemplaron en silencio la inmensidad del Océano, escuchando el rumor de las olas. En el piso superior oíanse las voces de los clientes de la sala común de la posada.

Gonzaga permitió que les subieran la comida á su cuarto. Estaban tan cerca ya de la frontera, que bien podía aflojar un poco la vigilancia. La verdad es que prefería dejarlas solas á exponerlas á oír las conversaciones demasiado li-